



## **Homilía Tercer Domingo de Pascua**

**26 de abril 2020**

**Por: Padre Jorge Barros**

¡Cuántas veces como a los discípulos de Emaús, la vida se nos oscurece y perdemos la confianza en Dios y en la Iglesia!

Cuando nos llega:

- Una enfermedad sorpresiva y desconcertante.
- Una pandemia como la que estamos viviendo.
- Un fracaso.
- Una desilusión en los sentimientos o en una institución.
- Una dificultad muy grande en las relaciones personales.
- La muerte de un ser querido.

A través del relato de los peregrinos de Emaús vamos a conocer como el Señor sale al paso de nuestra vida para iluminarla desde la fe.

Hoy, el Evangelio se puede entender a través de tres palabras: muerte, resurrección y vida.

### **Muerte**

Los dos discípulos regresan a sus quehaceres cotidianos, llenos de desilusión y desesperación, El Maestro ha muerto y por tanto es inútil esperar, estaban desorientados, confundidos y desilusionados.

El «escándalo» y la «necedad» de la Cruz, ha terminado por sepultar toda esperanza.

Aquel sobre el que habían construido su existencia ha muerto., se ha llevado consigo a la tumba todas sus aspiraciones, no podían comprender por qué Dios su Padre Omnipotente, no lo salvó de una muerte tan humillante.

La muerte de Cristo era la muerte de todo lo que ellos pensaban que era Dios.

¿Cuántas veces el hombre se auto paraliza, negándose a superar su idea de Dios, de un dios creado a imagen y semejanza del hombre? ¿No le pasa esto a muchos hombres creyentes a lo largo y ancho de nuestro planeta a propósito de la pandemia que vivimos?  
¿Cuántas veces nosotros mismos no nos desesperamos?

Nos negamos a creer que el poder de Dios no es la omnipotencia de la fuerza o de la autoridad, sino solamente la omnipotencia del amor, del perdón y de la vida.

Nos dice el relato de san Lucas que los discípulos reconocieron a Jesús «al partir el pan», en la Eucarística.

Si nosotros no quitamos el velo que oscurece nuestros ojos, si no rompemos la dureza de nuestro corazón y de nuestros prejuicios nunca podremos reconocer el rostro de Dios.

## **Resurrección**

En la oscuridad de la noche más negra, en la desesperación más angustiosa, que en más de alguna ocasión hemos vivido también nosotros. Jesús se acerca a los dos discípulos y los acompaña en su camino para que descubran que él es «el camino, la verdad y la vida», transforma su desesperación en vida, porque cuando se desvanece la esperanza humana comienza a brillar la divina.

Cuando el hombre toca fondo en su experiencia de fracaso y de incapacidad como tal vez estamos experimentando en este tiempo.

Cuando se despoja de la ilusión de ser el mejor, de ser autosuficiente, de ser el centro del mundo, Dios le tiende la mano para transformar su noche en amanecer, su aflicción en alegría, su muerte en resurrección, es decir, en retorno a la vida y a la victoria de la Cruz.

De hecho, los dos discípulos luego de haber encontrado a Jesús resucitado, regresan llenos de alegría, confianza y entusiasmo, listos para dar testimonio. Han encontrado el sentido de la aparente derrota de la Cruz. Quien no pasa a través de la experiencia de la cruz, hasta llegar a la Verdad de la resurrección, se condena a sí mismo a la desesperación.

No podemos encontrar a Dios sin crucificar primero nuestra pobre concepción de un dios que sólo refleja nuestro modo de comprender el poder.

## **Vida**

La Resurrección no es una fe que nace de la Iglesia sino que es la Iglesia la que nace de la fe en la Resurrección. Cada uno de nosotros debe saber y creer que Jesús está vivo en la Iglesia y que la llena de vida con la Eucaristía, con la Escritura y con los Sacramentos.

La experiencia de los discípulos de Emaús nos enseña que de nada sirve llenar de gente los lugares de culto si nuestros corazones están vacíos de su presencia, de nada sirve rezar si nuestra oración no se transforma en amor hacia el hermano, de nada sirve tanta religiosidad si no está animada al menos por igual fe y caridad, de nada sirve cuidar las apariencias porque Dios mira el alma y el corazón y detesta la hipocresía.

Para Dios, es mejor no creer que ser un falso creyente, un hipócrita, la verdadera fe es la que nos hace más caritativos, más misericordiosos, más honestos y más humanos.

Es la que anima los corazones para llevarlos a amar a todos gratuitamente, sin distinción y sin preferencias. Es la que nos hace ver al otro no como a un enemigo para derrotar, sino como a un hermano para amar, servir y ayudar. Es la que nos lleva a difundir, a defender y a vivir el encuentro, el diálogo, el respeto y la fraternidad. Nos da la valentía de perdonar a quien nos ha ofendido, de ayudar a quien ha caído.

La verdadera fe es la que nos lleva a proteger los derechos de los demás, con la misma fuerza con el que defendemos los nuestros. En realidad, cuanto más se crece en la fe y más se conoce, más se crece en la humildad y en la conciencia de ser pequeño.

***¡Que la Virgen Maria que habrá escuchado los ecos de este encuentro de su Hijo con los discípulos de Emaús nos ayude a vivir de esta manera nuestra fe!***

P. Jorge Barros